

## **Paginas Históricas**

### **El capitán general Marqués de la Torre**

**Agosto 17 de 1952**

#### **Por el Conde de San Juan de Jaruco**

Por Real despacho de 24 de mayo de 1771, fue nombrado capitán general y gobernador de la Isla de Cuba, el teniente general don Felipe Fons de Viela y Ondeano marqués de la Torre, señor de la Abadía de Lees, natural y regidor perpetuo de Zaragoza, Caballero de la Orden de Santiago, que se encontraba desempeñando el cargo de gobernador de Caracas. Tomó posesión del mando en Cuba el 11 de noviembre del referido año, sustituyendo al insigne capitán general don Antonio María Bucarelli y Urzúa, gran baylío de la Orden de San Juan, hijo del marqués de Valle-Hermoso y de la condesa de Gerona, que había sido nombrado en la misma fecha virrey de México, en premio a sus buenos servicios y honrada administración durante su actuación en la Isla de Cuba.

El marqués de la Torre se había distinguido en las guerras de Italia, Portugal, Alemania y Prusia, y fue uno de los más ilustrados capitanes generales que tuvo la Isla de Cuba. Al desembarcar en La Habana, se vio precisado alquilar, como cualquier otro vecino, una casa para su alojamiento, por no existir en aquella época ninguna destinada para los gobernadores: su primer teatro, sus paseos, sus principales fortalezas, sus palacios de gobierno y de la intendencia, los puentes sobre el río Almendares, las calzadas que remplazaron a las muchas avenidas de la capital, se determinaron o se emprendieron durante su laborioso gobierno, de cuyas manos entendidas debió La Habana ser impulsada hacia las vías de engrandecimiento y colonización que le correspondían; y todas estas empresas las realizaba sin gravar a los pueblos y aun aumentando los ingresos del Erario, a pesar de las complicaciones que en un principio ocasionó en las recaudaciones el plan de reformas tributarias establecido por el marqués de la Sonora, ministro de Indias.

Las calles de La Habana, sin policías, aún desempedradas e intransitables de fango en la estación lluviosa, servían de depósito perenne de las basuras de un caserío ya muy crecido, y aún privado de cañerías y sumideros. Después de ejecutar una limpia y de asear y nivelar las plazas del Santo Cristo y San Francisco, trazó el mismo Marqués el primer plano de la plaza de Armas, la más hermosa de la capital y la que aun lleva su nombre. En su primer proyecto se propuso simetrizar los cuatro frentes de esa plaza con cuatro edificios de un orden y una magnitud en el país no conocida. Destinábalos a ser un hermoso cuartel de infantería, una vasta aduana con todas las dependencias de la hacienda, una casa municipal con local para alojamiento de los capitanes generales y gobernadores, y sus oficinas, y otro vasto departamento a la espalda para cárcel. En el cuarto y último frente de la plaza, se construiría un edificio que había de servir a la administración de correos.

Prohibió los techos de guano en La Habana, y por falta de piedras adecuadas para pavimentar sus calles, ordeno colocar gruesas tablas de madera dura, prefiriendo la llamada de quiebrahacha. Formo el primer censo de población que se terminó en 1774, y en unión del obispo cubano Hechavarría, continuo la fábrica de la Casa de Recogidas, comenzada por el capitán general Tineo y abandonado después por falta de recursos, Restauro el castillo de San Severino de Matanzas, casi demolido desde el año 1762, así como las demás fortalezas de la plaza, y construyó los puentes de Puentes Grandes, Rio de Cojímar, Arroyo Hondo y de las Vegas.

Habiendo observado el marqués de la Torre que el abasto público de carne andaba en gran desorden, pues desde que en el siglo XVI había el Ayuntamiento de La Habana mercedado tierras, las habían recibido los beneficiados con la obligación de contribuir por turno a la provisión de aquel artículo en el pueblo. Mas para aliviarse de esa carga, no faltaron nunca ganaderos que ocultaron maliciosamente el guarismo exacto de sus reses, obligando de esa suerte a contribuir al abasto con mayor número de las que debían tocarles a los que declaraban con verdad y buena fe las que tenían. Para obtener el Marqués de los datos estadísticos de las fincas rurales que necesitó para decretar el orden de los suministros de carnes, tuvo que luchar con la oposición de los dueños de hatos y corrales, y sobre todo, con la de don Lorenzo Montalvo Ruiz de Alarcón, primer conde de Macuriges, intedente general de Marina, ministro de la Fábrica de Bajeles, de la Real Hacienda y Cajas de la Habana, tronco inicial de esta ilustre familia en Cuba, que por sus valiosos servicios y su gran posición más aún que por su fuero de Marina, pretendió que no debía comprenderle una disposición general. El capitán general marqués de la Torre, después de guardarle todas las consideraciones personales que se merecía, le impuso una multa de seiscientos pesos, por haberse negado a presentar una noticia del ganado de su corral "San Rafael" y acompañada su negativa de una comunicación acre y descompuesta. De este incidente y de otros que tuvo con el almirante Bonet, jefe del Apostadero de la Habana, siempre dió cuenta el marqués de la Torre al Ministerio, teniendo la satisfacción de resolverse en todos los casos a su favor, apoyando siempre el Rey su autoridad en Cuba.

En uno de los párrafos del interesante memorial que el ilustrado marqués de la Torre entregó a su sucesor en Cuba, sobre las numerosas obras que había realizado y otras que determinó, que elevaron a La Habana al nivel de las principales poblaciones de América, aparece lo siguiente: "Construí el hermoso paseo de Paula, adorno y desahogo de la ciudad. No hay paraje más agradable en ella, por su situación y sus vistas: expuesto a los aires frescos, descubriendo toda la bahía y colocado en el lugar más principal de la población, logra el público dentro del recinto amurallado, donde antes había un lugar en que se echaban las basuras, el sitio de recreo más propio para un clima tan ardiente, y que parecía elegido para este fin desde la fundación de La Habana (La Alameda de Paula).

Poco antes de tomar posesión del mando en Cuba el marqués de la Torre, había fallecido don Juan Antonio de la Colina y Racines, comandante general del Apostadero de La

Habana (casado con una hermana del primer marqués de Cárdenas de Monte-Hermoso), y lo había sustituido en el cargo el almirante don Juan Bautista Bonet, hijo de un francés al servicio de España, constructor naval de Cartagena.

El almirante Bonet, nuevo comandante general del Apostadero de La Habana y de las fuerzas navales en América, era considerado como una especialidad para dirigir las construcciones de buques. Independiente a la sazón de la primera autoridad de Cuba y de igual grado militar que el marqués de la Torre, intento Bonet rivalizar con él no concurriendo a sus besamanos en los días de gala y celebrándolos separadamente con sus aforados. Creaba esa rivalidad dos autoridades emulas donde tanto importaba que siguiera siendo una superior a todas. Exigió luego, aunque en vano, que le hicieran las guardias de la plaza los mismos honores que al Capitán General, y no desperdicio ocasión de suscitarle competencias. Llevó su espíritu contradictor Bonet, hasta cerrar al público la salida del recinto por la puerta del “Arsenal”, abierta en todo tiempo para todos, disposición que obligo al marqués de la Torre, por sostener los fueros de su cargo, ordenar cerrar la puerta de la “Tenaza”, la única salida que por la parte meridional tenía la Plaza. Así continuaron las cosas, hasta que poco después lo resolvió el Ministerio de una manera “diplomática”; ordenando que el tránsito se hiciese por las otras dos puertas restantes. Bonet llegó hasta insultar a la escolta del Capitán General en un paraje público, “cuando en la tarde del 26 de mayo de 1774, los dos dragones batidores de la escolta del marqués de la Torre, que iba de paseo en coche, al pasar junto a la Alameda de Paula obligaron a una calesa de mala apariencia a hacerse a un lado para dejar el paso libre al Capitán General, no presumiendo que estuviese en aquel vehículo el comandante general del Apostadero de La Habana, almirante Bonet. Al reconocerle el Marqués, mando con exquisita urbanidad que se detuviese su coche para que siguiera adelante la calesa o volanta, pero Bonet, en lugar de agradecerle esta atención, llamo picaros e insolentes a los dragones, y siendo el hecho público, tuvo que producir queja de oficio al Capitán General el coronel del regimiento de Dragones de América, don Antonio Raffelin y Grosan, que era natural de Paris, al servicio de España, casado con la distinguida habanera doña Bárbara Roustan de Estrada y Márquez del Toro, que fueron padres de otro don Antonio músico y gran compositor habanero.

Veamos cómo termina el referido e interesante memorial que el capitán general marqués de la Torre, entregó a su sucesor en el gobierno de la Isla de Cuba: “Defectos temo que se encuentren en las operaciones de mi mando; pero me consuela la seguridad de que no han nacido de omisión, ni malicioso intento. Los conatos y el esmero que he dedicado al mejor servicio del Rey, eran un obligación inseparable de quien sobre otras singulares honras reconocía todo el valor de su confianza; y los desvelos que me ha merecido el bien de la Isla han provenido, no solo de sus geniales impulsos, sino del respeto, de la afición y de la docilidad que he experimentado en sus habitantes. Han seguido mis deseos de modo que el cumplimiento de unos reglamentos y bandos ha sido estímulo para promulgar otros. Debo confesar que el carácter de los súbditos me ha hecho llevaderas las obligaciones del mando. Uno u otro desagradecido o injustamente quejoso, no es capaz de debilitar la opinión que tengo formada del común. Solo me resta

desear que se dé el Rey por satisfecho y que el público renozca todo el amor que me ha debido”.

El 12 de junio de 1776, cesó en el mando de la Isla de Cuba el marqués de la Torre, habiendo dado pruebas de tener grandes condiciones personales y de ser un verdadero señor, como le correspondía, por ser miembro de una de las más esclarecidas familias de Aragón.